

MANUEL BELGRANO EL CONSULADO. LA ESCUELA DE NÁUTICA. LA GLORIA

HÉCTOR JORGE ESCOLA

Por los años 1760 estaba radicada en la ciudad de Buenos Aires, capital del Virreinato del Río de la Plata, una familia, cuyo jefe era Domingo Belgrano, súbdito italiano nacido en Oneglia, en la Liguria, y que habitando antes en Cádiz había obtenido del Rey de España su naturalización como español y contraído matrimonio con doña María Josefa González Casero, española, originando una familia muy prolfica, pues llegaron a contar once hijos, siete varones y cuatro mujeres.

Domingo Belgrano se dedicó a las actividades comerciales con muy buen éxito y, además, alcanzó a tener destacada actuación en el Cabildo de Buenos Aires, donde llegó a ser Regidor y Alférez Real, gozando de una posición muy desahogada que permitió a sus hijos adquirir la mejor educación posible en la época.

El 3 de junio de 1770 nació Manuel Joaquín del Corazón de Jesús, bautizado en la Catedral local el día siguiente. Este niño cursó sus primeras letras en la Ciudad de Buenos Aires, donde estudió, además, latín y filosofía, siendo su maestro, en el afamado Colegio de San Carlos, el doctor Luis Chorroarín, quien de inmediato apreció la capacidad intelectual de su discípulo, al punto de que pocos años después recomendó a sus padres que lo enviaran a España, para que completara allí su preparación.

En 1786 comenzó los estudios de derecho y en febrero de 1789 se graduó de bachiller en Valladolid, en cuya Cancillería se recibió de abogado el 31 de enero de 1793.

El mismo Belgrano confiesa, en su autobiografía, “que su aplicación no la contrajo tanto a la carrera que había ido a aprender, como al estudio de la economía política y del derecho público”, pensando que estas últimas disciplinas que en su tiempo eran muy novedosas podrían serle útiles para desenvolverse en su Patria, donde eran prácticamente desconocidas.

Una breve permanencia en Madrid, donde se ligó con algunas sociedades dedicadas en España a esos estudios, le permitió aumentar sus conocimientos en dicha esfera, con cuyo bagaje Belgrano regresó a Buenos Aires, llevando ya en su mente las ideas de libertad, igualdad y prosperidad, nacidas al calor de la Revolución iniciada en julio de 1789 en Francia.

En 1793 Belgrano recibió una comunicación del ministro Gardoqui, expedida en El Escorial el 6 de diciembre de ese año, en la que se le anunciaba que había sido nombrado secretario perpetuo del Consulado que se erigiría en Buenos Aires, a pedido del comercio local y con el apoyo del virrey Arredondo.

El capitán de navío auditor Héctor Jorge Escola egresó de la Facultad de Derecho (UBA) como abogado en 1950, ingresando a la Armada como teniente de fragata auditor en 1952. Prestó servicios en la Subsecretaría de Marina, Dirección General del Personal Naval, Base Naval Ushuaia, Dirección General del Material Naval, Base Naval Puerto Belgrano y Dirección de Justicia Naval. Integró la dotación del crucero La Argentina. Fue Fiscal General de las Fuerzas Armadas y Subsecretario de Asuntos Legislativos del Ministerio de Justicia. Pasó a retiro efectivo voluntario en 1981.

La Escuela de Náutica fue una de las más notables iniciativas promovidas por Belgrano en el Consulado. De esa escuela —entonces Escuela Nacional de Pilotos— egresó su padre Antonio E. Escola en el año 1906, cuando le fue entregado un catalejo fabricado en París, en razón de sus calificaciones de egreso, que su hijo aún conserva. Fue capitán de Ultramar y cabotaje y práctico del Río de la Plata. Todos sus hermanos egresaron también de esa escuela obteniendo iguales títulos, excepto el mayor de ellos, Melchor Z. Escola, quien ingresó en la Escuela Naval Militar, se graduó con la promoción 26, y ulteriormente fue reconocido como uno de los fundadores de nuestra Aviación Naval. Su padre fue capitán del velero Patagonia que fuera reproducido por el pintor marinista Emilio Biggeri, egresado de la misma Escuela y oficial de dicha nave. El cuadro, que lo muestra navegando a toda vela, le fue obsequiado por el capitán Biggeri en recuerdo de su antiguo capitán con una emotiva dedicatoria.



BOLETÍN DEL CENTRO NAVAL

Número 808

Mayo/agosto de 2004

Recibido: 14.3.2002

El Consulado de Buenos Aires fue creado con el doble propósito de ejercer, por un lado, la jurisdicción mercantil y, por el otro, la de actuar como una junta económica que fomentara la agricultura, la industria y el comercio.

Entre las misiones asignadas al secretario perpetuo figuraba, especialmente, la de redactar una memoria anual, en la que debían consignarse las tareas que habían sido cumplidas durante ese período y, también, las que habrían debido encararse en el mismo, como iniciativas que el Consulado debería haber cumplido, por ser muy beneficiosas.

Esta obligación daba lugar a que el secretario tuviera un vasto terreno donde poner a prueba los nuevos conocimientos adquiridos en el campo de la economía política, bajo el influjo de las modernas ideas que venían de Francia y que Belgrano había tenido ocasión de estudiar recientemente, lo que le permitiría reparar los abusos impuestos a las actividades que competían al Consulado por los comerciantes españoles mediante la aplicación de las tendencias monopolistas que España imponía a sus colonias y que habían despertado las quejas y disgustos del comercio local.

Vuelto a Buenos Aires con estas perspectivas y tal como lo señala Mitre en su Historia, Belgrano se sintió circundado por un atmósfera simpática. Joven, rico y de bella presencia, veía abiertas todas las puertas a su paso, a lo que agregaba sus maneras afables y cultas que lo pusieron en relación con la juventud más preparada de su época, entre la que figuraban hombres como Castelli, Vieytes y el mismo Mariano Moreno, con los que tomaría, más adelante, contactos políticos en los días de la preparación y desarrollo de la Revolución de Mayo, ya próxima a eclosionar.

Como contrapeso, Belgrano, al conocer a los integrantes del Consulado, advirtió que todos sus integrantes eran comerciantes españoles y, exceptuando a muy pocos, sólo sabían, a decir del mismo secretario, “comprar por cuatro para vender por ocho, con toda seguridad”.

En las palabras de Belgrano se podía ya establecer los fundamentos de las modificaciones a que propendían, entre otros, Castelli y, sobre todo, Mariano Moreno, en su notable Representación de los Hacendados.

La influencia del Consulado, tan perniciosa en lo relativo al comercio exterior, fue benéfica en el sentido de la educación, la agricultura y las obras de utilidad pública, como ocurrió con las obras del muelle del Puerto de la Ciudad de Buenos Aires que despertaron la desaprobación de la Corte de España, que hizo interrumpirlas.

El primer trabajo de Belgrano en Buenos Aires fue “Medios generales de fomentar la agricultura, animar la industria y proteger el comercio en un país agricultor”.

Belgrano propuso, para fomentar el comercio, el establecimiento de una Escuela de Comercio en la que se enseñaría aritmética, teneduría de libros, principios de cambio, reglas de navegación y la creación de una compañía de seguros marítimos y terrestres.

Entre otras cosas, Belgrano también hizo mención a la estadística, y señalaba que la riqueza de un pueblo tiene relación directa con su instrucción, que es el agente más activo del trabajo, por lo que la educación gratuita es una función pública indispensable.

Por ello, esta idea fundamental es para Belgrano la que hace necesaria la educación de las mujeres, al decir que “igualmente se deben poner escuelas gratuitas para enseñar la doctrina cristiana, a leer y escribir, coser, bordar, etc.” y “sobre todo inspirarles el amor al trabajo”. Estas ideas debieron asombrar a muchas personas de entonces como aún hoy ocurre con las actuales.

También asombra que en estos trabajos Belgrano sostuviera que “el verdadero descanso



Casa donde nació y murió Manuel Belgrano, en Buenos Aires. Se encontraba en la avenida que hoy lleva su nombre.

de la tierra es la mutación de las producciones, principio que ahora es tan conocido como en aquellos días novedoso”.

Uno de los primeros asuntos de que se ocupó fue informar, en su calidad de secretario de la Junta de Gobierno, sobre un ruidoso pleito que desde hacía años se seguía entre los monopolistas españoles y los traficantes de negros, en relación con la franquicia otorgada a los nuevos negreros de que pudieran exportar los frutos del país, abriendo así, por ejemplo, la exportación de los cueros vacunos, que tanta importancia tenía en el comercio local.

Otra cuestión, y de más vastas proporciones, se suscitó con una nueva franquicia comercial otorgada por la metrópoli a sus colonias del Río de la Plata, en razón de la guerra en que España se hallaba comprometida y que no le permitía atender a la explotación de esas colonias, lo que había dado lugar a la propuesta del Conde de Liniers de habilitar el comercio entre Buenos Aires y las demás colonias, con las felices consecuencias que de ella derivarían.

En la segunda memoria elevada por Belgrano, éste, afectando fijar su intención en los intereses materiales, se ocupa con preferencia de la mejora física y moral de sus semejantes. Dicha memoria tiene por título “Utilidades que resultarán a esta provincia y a la península, del cultivo del lino y cáñamo, modo de hacerlo, y tierra más conveniente para dicho cultivo”. En realidad, bajo este título, Belgrano efectuó un verdadero estudio social sobre la condición desgraciada de la mujer y medios de poner fin a la misma.

En la tercera de sus memorias, Belgrano trata el origen de la felicidad de las provincias por la reunión de los comerciantes y de los hacendados. El virrey de ese entonces ordenó que este trabajo se imprimiera para que tan útiles ideas llegasen al conocimiento de todos.

Belgrano, durante la permanencia en el cargo, no sólo tuvo iniciativas inspiradas en los conocimientos adquiridos en materia de economía política, sino también en nociones del derecho público logrado durante su aprendizaje en España.

En este sentido, también instauró premios a ser distribuidos en la Academia de Dibujo y en la Escuela de Matemáticas que se crearon y además logró que se promovieran premios y recompensas para impulsar las actividades que pretendía se introdujeran en materias tales como agricultura, ganadería y otros rubros que tuvieron repercusión entre los pobladores de ese entonces, con resultados muy beneficiosos.

Pero sin duda la iniciativa más importante fue la creación de la Escuela de Náutica que fue promovida por Belgrano sobre las bases suministradas por don Félix de Azara. La creación de esta escuela fue anunciada por carteles públicos que lograron una amplia difusión. La Escuela de Náutica tenía por objeto, además, lograr el mejor aprovechamiento y la más adecuada utilización de las vías navegables que existían entonces, así como el desarrollo de las mismas.

Las remuneraciones para el Director y su segundo, así como la designación de las cátedras que se dictarían fueron asignadas, entre otros, al ingeniero geógrafo don Pedro Cerriño y al agrimensor del Virreinato don José Alsina, figurando Azara entre los examinadores que seleccionarían a las personas que deberían desempeñarse en cada cargo.

Belgrano, según siempre hacía, contempló el otorgamiento de premios y beneficios para acicatear el interés de la población.

Aunque la Escuela de Náutica fue contrariada, al principio, por el gobernador de Montevideo, instigado tal vez por los marinos españoles, lo cierto es que casi de inmediato comenzó a producir muy benéficos resultados. Su reglamento fue encomendado al mismo

Belgrano y en él aparecía un artículo que decía: “El general objeto de este establecimiento es fomentar, con trascendencia a estos dominios, el estudio de la ciencia náutica, proporcionando, por este medio, a los jóvenes una carrera honrosa y lucrativa y a aquellos que no se destinen a ellas, unos conocimientos, los más a propósito para sus progresos, bien sea en el comercio, bien en la milicia o cualquier otro estudio, de donde se infiere que la causa política logre con esta instrucción una utilidad singular, cual se deja comprender, prescindiendo de otros adelantamientos que son bien notorios”.

En el reglamento no sólo se prescribe, como se ha dicho, los premios que recibirían los cursantes, sino que se prohíbe el castigo de azotes y se dispone que se eduquen en la Escuela ocho niños huérfanos, cuatro de los cuales deberán ser indios, con lo que se demuestra el cariño que el fundador tenía por estas personas, que siempre guardó y evidenció en todos los actos de su vida.

El reglamento terminaba con estas palabras: “Como los estudios humanos son nada sin los auspicios de la Divinidad, el Consulado ha puesto por mediador, para alcanzar aquélla en favor del establecimiento, a San Pedro González Telmo, para que recaigan las bendiciones del Señor en este útil establecimiento dirigido en beneficio universal del Estado”.

La Escuela de Náutica y la Escuela de Dibujo, que entonces estaban funcionando en un mismo local contiguo a la secretaría del Consulado cuyo titular podía así vigilar y dirigir la marcha de ambos institutos, fueron pronto suprimidos por la Corte de Madrid, alegando que los dos establecimientos eran creaciones de mero lujo, a pesar de que ya habían dado discípulos adelantados y producían efectivos frutos en beneficio del país.

Era evidente que Belgrano conocía y valoraba los beneficios de la instrucción y la cultura general, como pondrá de manifiesto más adelante, cuando ya actuaba en las tareas que lo aguardaban en los tiempos futuros, como cuando destinó los premios dinerarios que le fueron otorgados por el gobierno en razón de sus brillantes victorias de Tucumán y Salta a la fundación de cuatro escuelas públicas, mandas que recién fueron cumplidas muchos años después del fallecimiento del donante.

Mitre dice que su actuación en el Consulado de Buenos Aires fue la preparación de su desenvolvimiento en otros campos muy diferentes para los que ya estaba preparado, incluidas sus futuras hazañas militares.

La supresión ordenada por la Corte de Madrid no desanimó a su fundador, quien nos dice en sus Confesiones: “Otros varios objetos de utilidad y necesidad promoví, que a poco más o menos tuvieron el mismo resultado, y tocará al que escriba la historia consultar, dar una idea de ellos, diré yo por lo que hace a mi propósito, que desde el principio de 1794 hasta julio de 1806 pasé mi tiempo en igual destino, haciendo esfuerzos impotentes a favor del bien público, pues todos o escoliaron en el Gobierno de Buenos Aires, o en la Corte, o entre los mismos comerciantes españoles”. Con lo dicho, vemos que ya el germen fecundo de los impulsos progresistas de Belgrano, cuya personalidad por el prestigio que le daban los conocimientos y la cultura general lograda con sus estudios en Europa, lo habían vinculado, reitero, con personalidades importantes que jugarían papeles trascendentes en los acontecimientos que se avecinaban.

En 1797, Belgrano había sido nombrado por el virrey Pedro Melo de Portugal, Capitán del Regimiento de milicias urbanas, empleo que, según dice el mismo Belgrano, aceptó más por capricho y espíritu de subordinación que por inclinación a la carrera militar. En 1806, fue Agregado del Regimiento del que era Capitán para formar una compañía de caballería compuesta de jóvenes del comercio; pero sus esfuerzos chocaron con la repulsión general que inspiraba el servicio militar.

Así las cosas, a mediados de junio se dio el anuncio de que una escuadra inglesa se en-

contraba operando en el Río de la Plata. Poco después la expedición inglesa se había presentado en las proximidades de Quilmes y después de una pequeña operación de diversión siguió avanzando sobre la línea del Riachuelo que cubre la ciudad de Buenos Aires y que ocasionó que se dispusieran las alarmas del caso. A su llamada, Belgrano acudió a la Fortaleza, que era el punto de reunión de los efectivos locales, y allí todo era desorden; no había quién mandase a las tropas urbanas, y éstas sin instrucción ni disciplina constituían grupos informes; finalmente, se organizaron y Belgrano, tan ignorante como los demás de las reglas de la milicia, obedeció las órdenes de un cabo de la escuadra.

Por ello, no fue raro que los ingleses al mando de Beresford derribaran todos los obstáculos que se les oponían, mientras que las milicias locales recibían siempre la orden de retirarse, con gran desencanto de Belgrano, que según él mismo dice, apenas efectuaron algunos “fuegos fatuos” que ni siquiera intimidaron al enemigo.

Éste fue el bautismo de fuego del hasta entonces secretario del Consulado. El 27 de junio de 1806 una columna inglesa de 1.560 hombres entró triunfante por las calles de Buenos Aires a tambor batiente y banderas desplegadas, tomando así posesión de una ciudad de 45.000 hombres.

Belgrano dice en esta oportunidad que, mientras su virrey huía vergonzosamente, los hombres lloraban de vergüenza por las calles y las plazas, y él reconoce que mayor fue su vergüenza cuando vio entrar a las reducidas fuerzas de los enemigos, que poco después enarbolaron el pabellón de Gran Bretaña en la fortaleza saludado por la artillería de mar y de tierra.

El jefe inglés exigió que todos los funcionarios españoles, entre ellos los del Consulado, debían prestar juramento de obediencia al Soberano británico, lo que muchos hicieron.

Belgrano, a quien repugnaba el cumplimiento del mismo, se trasladó a la Banda Oriental, asistiendo luego a los actos de la Reconquista.

Sin otros acontecimientos personales notables, Belgrano se adentró en los sucesos tan agitados de los preparativos del momento, que lo llevan a ser designado, el 25 de mayo de 1810, vocal de la Primera Junta de Gobierno constituida ese día, designación que lo sorprendió, según él mismo declara.

La Primera Junta consideró que era indispensable la difusión entre los pueblos de los principios que dieron origen a la Revolución de Mayo y para ello pensó recurrir a dos expediciones militares que deberían operar, la primera de ellas, en el Paraguay y, la otra, en el Alto Perú, esta última integrada por las mismas fuerzas que se destacaron para poner fin a los sucesos reaccionarios que se produjeron en Córdoba y que terminaron con el fusilamiento del héroe de la Reconquista, capitán de navío Santiago de Liniers y Bremont y otros comprometidos, con las iniciales de cuyos apellidos se formó la palabra CLAMOR.

Para ello se designó como jefe de las fuerzas que iban a operar en el Paraguay al mismo Belgrano. Esta fuerza expedicionaria nunca contó con los efectivos suficientes ni con un armamento adecuado al cometido que debía cumplir, y en esas condiciones, al decir de Mitre, se preparó a abrir la campaña que iba a poner a prueba el temple del alma de Belgrano y sus soldados.

Con bastante optimismo se inició la misma, y la expedición comenzó la marcha, directamente sobre Asunción, enfrentándose con las fuerzas paraguayas en la acción del Paraguay, pensando que la fuerza moral de su conducta triunfaría sobre la fuerza numérica de sus adversarios y por ello desde el inicio Belgrano proclamó que las armas de Buenos Aires habían ido a auxiliar y no a conquistar el Paraguay; de modo que su verdadero propósito era hacer triunfar la revolución más por la diplomacia que por la fuerza de las armas.



Sus restos, que descansan en la Iglesia de Santo Domingo.



Lo cierto es que la campaña iniciada, desde el punto de vista militar, y por las razones ya apuntadas, fue un fracaso aun cuando desde el punto de vista político tuvo un amplio éxito por el valor demostrado por sus fuerzas y la habilidad con que se habían siempre iniciado las tratativas efectuadas con los paraguayos, pues realmente sirvió para que se difundiera en el Paraguay el verdadero estado en que entonces se encontraba España y los fines en que se había basado la reciente Revolución del 25 de mayo de 1810, que germinaron en el espíritu de los paraguayos, llevándolos a la postre a compartirlos, como bien lo dice el poeta Rafael Obligado, en los hermosos versos que expresan el significado del enfrentamiento de ambas fuerzas.

*Es un grupo de argentinos
el que marcha a combatir;
es la Patria quien los mueve
y es Belgrano su adalid
¡Libertad! ¡Independencia!
parecía repetir
a los héroes de los pueblos
que entendiéndose por fin,
se abrazaron como hermanos;
y se cuenta que de ahí
por América cundieron,
hasta en Maipo, hasta en Junín,
los redobles inmortales
del tambor de Tacuarí.*

Ya de regreso de la expedición al Paraguay y superado el incidente suscitado con el llamado motín de las trenzas que exigió para su solución medidas extremas contra algunos de los amotinados, se encomendó a Belgrano la comisión de construir y habilitar dos baterías en la bajada del Río Paraná, que cerrarían el paso a las incursiones que solían llevar a cabo los españoles procedentes de Montevideo.

Belgrano, secundado muy eficazmente por el ingeniero don Ángel Monasterio, y al frente de las tropas que se le otorgaron para la misión, en el término de 15 días, a pesar de la falta de brazos y de dinero, construyó la primera de las baterías en la llamada Bajada del Paraná, en la barranca que dominaba el estrecho canal del río, levantando la segunda en la isla que limita con la zona anterior.

Tales baterías se encontraban convenientemente artilladas y poco antes de que esos trabajos quedaran listos se tuvo la noticia de que una cuadrilla enemiga se acercaba al lugar, transportando 500 hombres de desembarco para terminar con la amenaza que le significaban las mismas.

Belgrano, excitado por el peligro que se acercaba y buscando nuevas inspiraciones para las tropas que mandaba, tuvo la idea de dar a la revolución en marcha un símbolo material que las individualizara y que las distinguiera de los españoles cuyas banderas se habían utilizado hasta entonces como propias.

Utilizando a ese efecto los colores que lucía la escarapela nacional recientemente aprobada y los de los uniformes que vestían los patricios, mandó confeccionar un pabellón celeste y blanco, que sería con el tiempo el lábaro sagrado que convoca a todos los argentinos.

El 27 de junio de 1812, flameando ya la nueva bandera en las baterías Libertad e Independencia, nombres realmente proféticos, comunicó el feliz suceso diciendo en nota dirigida al Triunvirato, con palabras breves y valerosas: "Siendo preciso enarbolar bandera y no teniéndola, mandéla hacer blanca y celeste conforme a los colores de la escarapela nacional", pero contrariamente a lo que esperaba su creador, este acto fue desaprobado severamente por las autoridades del Gobierno, que mandó a decirle que trata-

ra de disimularlo como un acto de la exaltación de las tropas a su mando y que sería conveniente guardar la nueva bandera para una oportunidad que se presentara en un futuro más favorable.

La acción de Belgrano, que denotaba sus intenciones contrarias en los hechos a las pretensiones que quería guardar el Triunvirato, constituye sin duda alguna un rasgo más que siempre demostró el prócer, que por este solo hecho tiene derecho al agradecimiento de todos los que hoy nos cobijamos bajo esa bandera.

La bandera blanca y celeste flamearía nuevamente, como se verá, en acontecimientos victoriosos para las armas revolucionarias, y sería jurada en las márgenes del río Pasaje, llamado desde entonces río "del Juramento".

Belgrano fue después nombrado jefe del Ejército del Norte, que había sufrido el descalabro de Huaqui, y al que se pensaba revitalizar, dentro de lo posible, para reemprender una nueva campaña, asumiendo sus nuevas funciones, con todo el entusiasmo y la dedicación que en él eran habituales.

Recibidas las reliquias del Ejército, Belgrano tuvo órdenes del Triunvirato en el sentido que debía retirarse de inmediato, incluso hasta Buenos Aires, si ello se hacía necesario.

En cumplimiento de estas órdenes, el ya ahora general inició su repliegue en dirección a Tucumán, empeñándose en el ínterin en restaurar la organización y las disponibilidades ofensivas de su ejército.

Este general improvisado donaba la mitad de sus sueldos para atender las necesidades del erario público, y habría de entregar los \$ 40.000 que le fueron otorgados como premio a sus victorias para que se fundaran 4 escuelas en el Norte, en las que bebería las primeras letras el mismo pueblo al que había dado la libertad con su espada victoriosa.

Al llegar a Tucumán, impulsado por todo el pueblo, decidió hacer pie firme en esa ciudad y esperar allí al ejército español, sabedor de todo lo que podía arriesgar con esta decisión sublime de desobedecer expresamente las órdenes recibidas.

Pero tal como lo dice Juan G. Beltrán en un muy conocido fragmento: "El vecindario de Tucumán instó a Belgrano a desobedecer la orden del Triunvirato, inspirado en el santo amor de la patria naciente, y se ofreció a brindar sus esfuerzos con el mayor denuedo, las madres estimularon a sus hijos y el ambiente se pobló de canciones de victoria. El Campo de las Carreras, el Arroyo de Manantiales, el Camino de Santiago, Los Nogales son los vivos recuerdos de la batalla que se libró en la que 1.800 soldados patriotas batieron a los 3.000 del ejército realista".

Con la victoria de Tucumán se "salvó en aquel momento la obra revolucionaria, y los españoles no volvieron a redoblar sus tambores al Sur del Aconquija. Desde entonces, Tucumán fue bautizada con el nombre de "Sepulcro de la Tiranía".

Tucumán fue seguida por la batalla de Salta, en la que se logró la rendición del ejército realista y su juramento de no volver a empuñar las armas contra los ejércitos patriotas.

Pero a las horas de triunfo seguirían las horas de la derrota inesperada, en la batalla de Vilcapugio, en que la victoria ya inminente fue tronchada por un toque de clarín reiterado que ordenaba la retirada, que nunca se supo de dónde había partido, el fracaso de Ayohúma, donde por circunstancias imprevisibles también hubo de aceptar la derrota.

Sin embargo, en ambos casos, Belgrano demostró su espíritu valeroso y tenaz ordenando retiradas que salvaron gran parte de los ejércitos que se le habían confiado.

Después de la batalla de Ayohúma, Belgrano fue relevado del mando del Ejército del Nor-

te y su conducta juzgada, sin que se le pudieran formular reproches por estas dos últimas batallas.

Si bien después de estas acciones no tuvo ya intervenciones que realmente fueran importantes, participó en las luchas que, en tiempos del comienzo de la anarquía, se llevaron a cabo en la zona del litoral, pues siempre estuvo dispuesto a colaborar en el cumplimiento de las actividades que el gobierno le requiriera, siempre que no menoscabaran el prestigio que ya había adquirido.

El general Belgrano murió en Buenos Aires el 20 de junio de 1820, en el día en que ocurrió el famoso episodio de los “Tres Gobernadores” cuando la anarquía ya francamente declarada azotaba el país. Sus últimas palabras fueron: ¡Ay! Patria mía.

En los últimos tiempos de su vida, abandonado de todos y reducido a una estrecha pobreza, sólo era visitado por dos o tres amigos que, generosamente, le adelantaron el dinero para que cubriera sus más premiosas necesidades. En ese entonces, y cuando la enfermedad que lo aquejaba se lo permitía, montaba a caballo y recorría solo y triste el campo de su antigua gloria. Advirtiéndole que sus dolencias se agravaban cada vez más, dijo a uno de sus amigos: “Yo quería a Tucumán como a la tierra de mi nacimiento, pero han sido aquí tan ingratos conmigo que he determinado irme a morir a Buenos Aires”.

Para hacer el viaje a Buenos Aires, solicitó los auxilios de los gobernantes de entonces, pero todo le fue negado, por lo que su amigo Balbín puso a su disposición la suma de 2.000 pesos plata, que él aceptó comprometiéndose a reintegrarle ese importe cuando se le pagaran las sumas que se le adeudaban por sus servicios como general.

En el viaje a Buenos Aires lo acompañaron su capellán, sus fieles ayudantes de campo y su médico de cabecera, doctor Joseph Redhead. Su hidropesía había llegado a un estado tan avanzado que ya no podía andar a caballo y su postración era casi completa. Mitre señala que en este triste viaje no encontró la menor muestra de la simpática hospitalidad que sobradamente merecía.

Debía ser bajado en brazos al llegar a cada posta, y así fue conducido en Buenos Aires hasta la cama donde falleció. Al morir, sólo sus hermanos, algunos parientes más lejanos y sus amigos más fieles asistieron a su entierro, y su sepulcro fue cavado al pie de la pilastra derecha del arco central del frontispicio de la Iglesia de Santo Domingo.

Sobre su tumba se colocó una losa de mármol que decía simplemente: Aquí yace el General Belgrano. De este modo su tumba estaba a pocos pasos del lugar de su nacimiento, pues su casa paterna estaba situada en el número 420 de la avenida que hoy lleva su nombre.

Varios años después los restos del general Belgrano fueron exhumados y trasladados al hermoso monumento funerario que se erigió en el atrio exterior de la misma Iglesia de Santo Domingo por voluntad de todo el pueblo argentino, donde desde entonces reposan.

El magnífico monumento ecuestre que honra la memoria del general Manuel Belgrano se encuentra en la Plaza de Mayo, lugar donde el héroe comenzó su vida política que terminó en la eterna gloria del mausoleo.

Este monumento fue descubierto el 24 de septiembre de 1873, al cumplirse el sexagésimo aniversario de la batalla de Tucumán, y el entonces Presidente de la República pronunció un elocuente discurso que terminó diciendo: “Del general Belgrano puede decirse lo que de Hampden, fue grande sin pretenderlo y encontró la gloria sin buscarla en el camino del deber”. ■